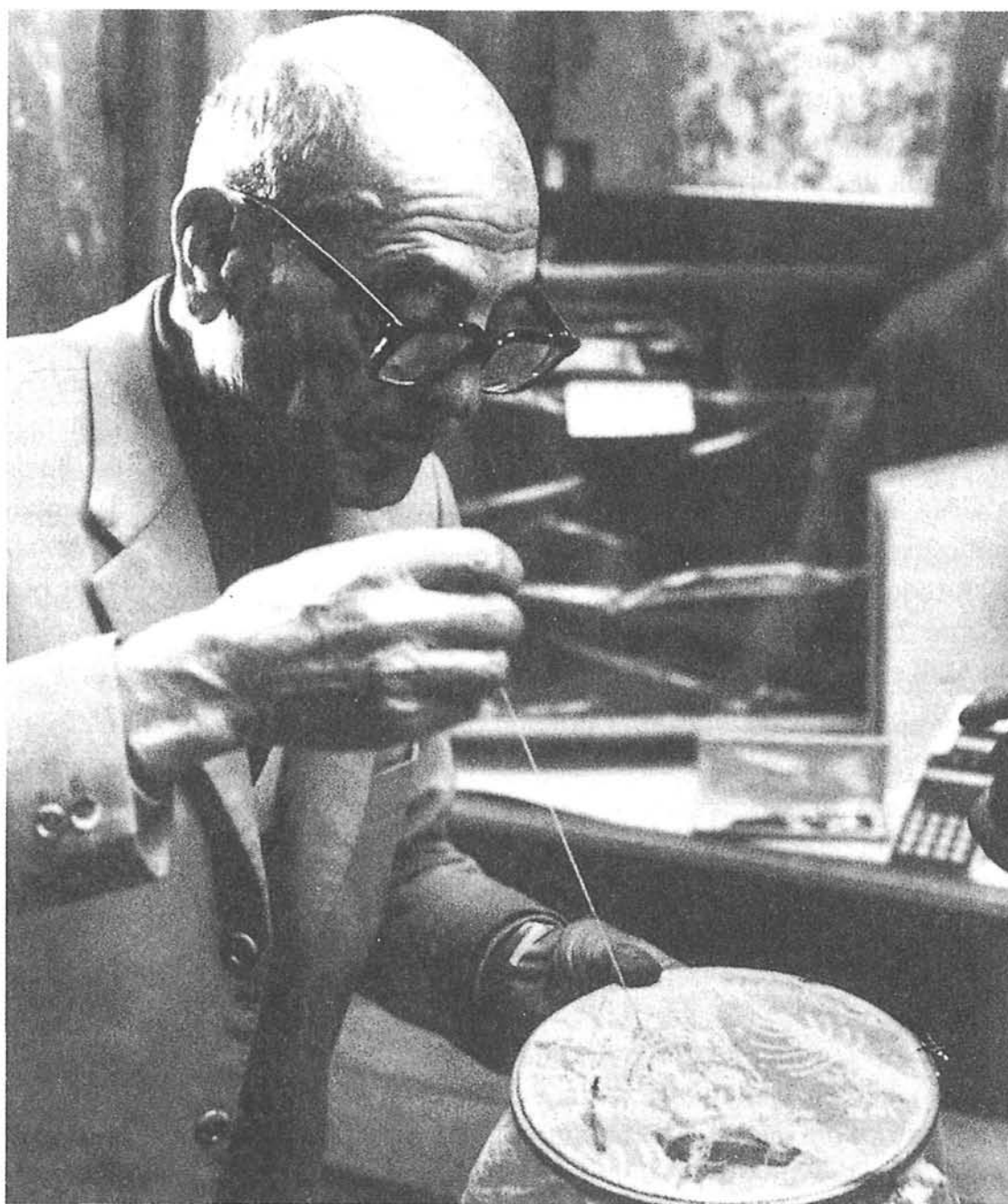


Pese a tan profundas diferencias, el vínculo entre ambos queda prolongado en el tiempo. Es un hecho que Dalí envía telegramas a Buñuel, proponiéndole nuevos proyectos en común, y también es verdad que en varias ocasiones el cineasta le responde: «Agua pasada no mueve molino». Pero esa falta de sintonía no impide que haya muchos elementos dalinianos en el cine de Buñuel, quien estuvo obsesionado por su amigo, y de una manera u otra lo parodió, caricaturizó o copió –todo junto o por separado– a lo largo de su filmografía. Un ejercicio a realizar sería el inventario de esa presencia del pintor en la obra buñuelesca. Junto a paralelismos como la Última Cena de *Viridiana* y la pintada por Dalí, o el *San Antonio* daliniano y el personaje central de *Simón del desierto*, podemos citar al maléfico Jaibo de *Los olvidados* (1950), cuyo intérprete, Roberto Cobo, fue seleccionado por su gran parecido con Dalí. Otro *alter ego* del artista sería el paranoico de *Él* (1953), quien además habita en un entorno modernista (no olvidemos que Dalí concibió el método paranoico-crítico y reivindicó el *Art Nouveau* en la revista *Minotaure*). También es paranoico Archibaldo de la Cruz, el personaje protagonista de *Ensayo de un crimen* (1955), cuyas fantasías asesinas podemos emparentar con las relatadas en la *Vida secreta*. A todas luces, plantear estas y otras calas es una forma de concluir que la obra de Luis Buñuel, en sus condicionamientos decisivos, no se explica sin Dalí.



Buñuel en el rodaje de *Ese oscuro objeto del deseo* (1977)